



*Hola,  
Soledad*

*Olivier G. Durán*

***HOLA, SOLEDAD***  
***Olivier G. Durán***

**Copyright © 2018 Olivier G. Durán**  
**Todos los derechos reservados**  
**Email: [oliviergduran@gmail.com](mailto:oliviergduran@gmail.com)**

# Capítulo 1

## Viernes, 2 de marzo del 2018

El joven observaba la pantalla del ordenador, absorto en sus pensamientos. Sobre la mesa, varios documentos pulcramente ordenados. El ruido de las personas que también trabajaban en la oficina no conseguía sacarlo de sus pensamientos.

—Ezra. ¡Ezra!

El aludido, de cabellos azabache, levantó la mirada por encima del ordenador y de sus gafas de marco grueso.

—¡Dime!

La chica ladeó la cabeza levemente.

—¿En qué piensas? Se te ve guapo con la mirada perdida, pero da algo de miedo al mismo tiempo. —Rió amablemente.

—Ehm... En nada en concreto, Sonia. —Sonrió, como siempre lo hacía.

Ella lo observó, intrigada, por unos segundos que para él se hicieron eternos e incómodos. Por fin, Sonia saltó de la silla con energía mientras levantaba la muñeca.

—¡Bueno! Son las siete, por fin libres chicos. ¿Quién se viene a tomar algo? —Bajó la mirada hasta Ezra—. ¿Te apuntas?

—Bfff eres muy tentadora —la chica sonrió, coqueta—, pero tengo muchas cosas que hacer. Tendré cena familiar y he de organizar la casa. También debería terminar una traducción para mañana...

Sonia torció el gesto y puso los ojos en blanco —Empiezo a creer que tienes alguna chica celosa por ahí que te impide salir con nosotros.

—Bueno, hoy no te equivocas del todo. —Terminó de apagar el ordenador y se levantó de la silla, mientras metía algunos documentos en su maletín—. La chica que me impide ir hoy, es... ya sabes, mi madre, que viene de visita.

Ambos rieron.

—Algo nos ocultas, pero bueno... Ya te obligaremos algún día a quedar. Hasta el lunes, señor Soler. ¡Disfruta del fin de semana!

La sonrisa se fue borrando del rostro del chico a la vez que las personas iban desocupando la oficina. Se presionó los ojos bajo las gafas y, tras un

profundo suspiro, sonrió sin motivo y se dirigió hacia el ascensor con los demás.

Tras un recorrido de unos veinte minutos en coche con la canción de *Lost on you* de LP de fondo, aparcó y subió a su ático a paso lento. La melodía seguía sonando, ahora a través de los auriculares, pero de pronto se interrumpió. Observó la pantalla del móvil mientras subía el ascensor. Tras un suspiro, guardó el *Huawei* de nuevo hasta que dejó de vibrar y la música continuó.

Ya en casa, encendió las luces y tiró el maletín sobre el sofá. Un gato de color blanco y naranja se lanzó a hasta él con los ojos abiertos al máximo, expectante.

—Hola Marcus, ¿me echabas de menos? Porque yo a ti sí... —Se arrodilló y le extendió la mano para que la oliera. Tras asegurarse de que era su dueño, el minino comenzó a restregar la cabeza contra aquellos dedos que le acariciaban.

—Yo también te quiero Marcus. —Sonrió levemente.

«*Por fin una sonrisa verdadera, la primera del día...*» Pensó.

Se levantó y dio una vuelta por la casa. Tras echar una ojeada al cuenco de la comida y del agua de Marcus y verlos todavía llenos, apagó las luces y se dejó caer en el sofá estruendosamente.

Sacó el móvil mientras el gato saltaba a su pecho y se acurrucaba. En el aparato salían cuatro llamadas perdidas de “Mamá”, y varios mensajes de *WhatsApp*. Suspiró y empezó a escribir.

—Hola. Perdona, he estado liado y ahora no me encuentro muy bien.

—Me tenías preocupada. ¿Qué te pasa?

—Nada, dolor de cabeza, cansancio... Ya sabes. Lo típico.

—¿Seguro que no es nada más? Cada vez hablamos menos...

—Ja, ja, ja ¡qué exagerada eres mamá!

—No te rías, apenas nos visitas, malo.

—Sabes que desde que estoy en la agencia he estado ocupado.

—No es excusa.

—Ja, ja, ja venga, no te enfades.

—Ya...

En todo momento el chico mantuvo un gesto triste y serio mientras tecleaba en el móvil.

—Me voy a dormir, hablamos mañana. Un beso.

—Te quiero, llámanos.

—Te quiero.

Bloqueó el móvil y permaneció en la oscuridad mientras se peinaba hacia atrás el cabello. Reposó con cuidado las gafas de marco negro sobre la mesita junto al sofá. Dio *play* a la música en el móvil y se puso en posición fetal abrazando a Marcus. Los párpados le pesaban pero no por el sueño. Observó fijamente el cielo estrellado a través de la única ventana que había dejado sin cerrar, mientras sonaba de fondo la melodía de *Shiroi Kokoro*, de Wakeshima Kanon, en bucle.

Yume ga temaneki suru mori ni, ichido mayotte mitai, anata ga shiroi yuki nara...”

Así, con el rostro empapado en lágrimas y suspiros, acabó dejándose llevar por la inconsciencia del sueño.

### **Sábado, 3 de marzo del 2018. 10:27h.**

Empezó a abrir los ojos con lentitud. Afortunadamente la luz del sol no entraba de forma directa por la ventana abierta. Fue Marcus quien, mimosamente, le despertó al caminar sobre el pecho de él.

Expulsó aire con fuerza. Tenía aquella horrible sensación de pesadez como cada mañana. Sí, de pesadez, y de no pertenecer al mundo en el que vivía.

—Buenos días Marcus...

El gato maulló, como respondiéndole.

Pasada media hora en la que tardó en volver en sí lo suficiente como para moverse, se levantó del sofá, se colocó las gafas de marco negro y le cambió el agua al gato. Se puso por fin el pijama y una bata gris, se lavó los dientes y encendió la TV para que hubiera algo de ruido de fondo. De vez en cuando escuchaba palabras lejanas, como Moncloa, Cataluña, Puigdemont o Rivera, por lo que en cuanto pudo cambió de canal. Sin embargo, al ver que en la mayoría de ellos hablaban de política, terminó apagando el aparato.

Mientras esperaba a que se preparara el café en la Nespresso, se acercó a su biblioteca particular. Estaba llena de libros, algunos devorados hace años, y otros absorbiendo polvo desde el momento en que se sintió incapaz de volver a leer debido a la depresión.

Del mueble sacó un ejemplar. Se trataba de un cuaderno negro de tapa dura con aspecto de libro, pero no lo era. Al abrirlo, se percató de que la última página estaba prácticamente llena, manuscrita. Lo llevó hasta la mesa

del comedor y, tomando su pluma, puso la fecha de dos días atrás en la última página y firmó.

A continuación, se llevó el cuaderno hasta un enorme baúl a los pies de su cama y abrió el candado con la llave que llevaba colgando del cuello. En su interior, cientos de libros del mismo aspecto que el que llevaba en la mano se encontraban perfectamente apilados, unos encima de otros. Con un cuidado casi solemne colocó el objeto en uno de los huecos disponibles, y cerró de nuevo el cofre.

Ahora se dirigió hasta un cajón de la biblioteca y sacó otro cuaderno igual, pero con las hojas en blanco.

Así, se llevó la taza de café, el cuaderno y la pluma hasta la mesita frente al sofá y se puso cómodo.

Tomó un sorbo de café con leche, y comenzó a escribir:

*“Hola Soledad, ¿qué tal? Aquí estoy otra vez, escribiéndote. Te echaba de menos, a decir verdad, aunque solo han pasado dos días...”*

¿Sabes? No consigo sentirme mejor. Cada día que pasa resulta una tortura. Una tortura que se agrava. Quisiera poder huir pero, ¿a dónde? No hay sitio para mí en este mundo. No pertenezco a este mundo. Soy como una hormiga en un planeta de gigantes. No puedo más que observar, impotente, el mundo detrás del cristal. La felicidad de las personas desde mi cárcel transparente. Observar una película con muchos protagonistas en la que yo no soy sino un extra, una pieza de atrezo.

Ojalá ser feliz. Es todo cuanto he deseado toda mi vida. Sé que no existe la felicidad permanente, quizás no busco más que lo imposible. Pero me niego a creer que la vida se reduce tan solo al pasar de los días, sin sentido alguno.

Estoy rodeado de personas que dicen quererme o apreciarme, como mis padres o incluso las chicas del trabajo. Sonia, de hecho, a veces llega a ser bastante intensa para mi gusto. El caso, es que no consigo recibir ese supuesto aprecio de los demás. No lo percibo, no llega a mí. Se ha perdido por el camino, supongo. Como dice Amaral, «necesito alguien que comprenda que estoy solo en medio de un montón de gente... ¿qué puedo hacer?»

Y es que eso mismo me pregunto yo, qué puedo hacer para detener esta locura en mi interior. Esta podredumbre que avanza incansable, destruyéndolo todo a su paso.

Solo te tengo a ti, mi amiga y compañera. Soledad.

Gracias por estar ahí. Gracias. Gracias.

Ezra.”

Para cuando dejó la pluma sobre la mesa tenía los ojos inundados en lágrimas que amenazaban con salir.

A continuación, guardó el cuaderno en la estantería junto a los demás libros de la biblioteca, metió la taza al lavavajillas y corrió desesperado a su habitación. Una vez allí, bajó la persiana hasta quedarse en penumbra y se metió en la cama. Se tapó con el edredón hasta el cuello y se puso la almohada encima de la cabeza, mientras hiperventilaba.

Marcus, como oliendo la tristeza de su amo, corrió y saltó sobre él y comenzó a restregarle la cabeza contra la mano que sujetaba la almohada. Ezra lo acarició y, poco a poco, se quedó dormido.

### **18:47h.**

El sonido de la vibración del móvil lo despertó. La habitación estaba casi completamente a oscuras.

«¿Qué hora es? ¿Acaso es ya de noche?» Pensó.

Marcus descansaba profundamente sobre sus piernas. Tomó el móvil aún con los ojos empuñados por el sueño y encendió la pantalla. Cinco llamadas perdidas, dos de “Papá” y tres de “Mamá”.

Diez mensajes de *WhatsApp*, la mayoría de su madre y los demás de Suad, su amiga en Bélgica.

Ni siquiera vio el contenido de las notificaciones, se limitó a darle *play* al reproductor de música del móvil en modo aleatorio y a un volumen bajito, aunque suficiente para disfrutar de la música. Comenzó a sonar *Pompeii* de Bastille.

Se peinó hacia atrás las ondulaciones del cabello y se quedó mirando el techo, con la mente en blanco.

Tras aproximadamente una hora de dar vueltas en la cama y escuchar canciones, decidió levantarse ante una terrible necesidad de escribir. Marcus remoloneó en la cama con la ausencia de su amo pero pronto se volvió a dormir. Ezra, por su parte, se sirvió una taza de yogur de fresa con *Royal Highness* de Tom Grennan sonando de fondo y se introdujo un trozo de jamón york en la boca, el único alimento sólido que había consumido en todo el día. Se llevó el yogur, el cuaderno negro y la pluma a la habitación y los



colocó junto al móvil en la mesita de noche. Encendió una lamparita que apenas alumbraba y bebió de la taza. El yogur sabía a gloria, pensó. Abrió el cuaderno y empezó a escribir, aun sintiéndose dormido y mareado por el sueño, mientras empezaba la melodía de *Wings*, de Birdy.

“Hola, Soledad...”

—Hola.

Una voz suave y bonita resonó en la habitación, casi haciendo eco.

El corazón de Ezra se detuvo por un instante, helado. Frunció el ceño, incrédulo, sin dejar de observar las únicas dos palabras en el papel. La última de ellas estaba medio tachada con el bolígrafo, puesto que le había fallado el pulso debido al susto. La mente le dio mil vueltas en un segundo. La casa estaba cerrada a cal y canto, la puerta estaba con el seguro puesto. Sin embargo, ciertamente una voz le acababa de hablar, justo frente a él. Lentamente fue levantando la cabeza y los ojos por encima de las gafas.

Allí estaba ella, preciosa y tranquila, una chica pelirroja observándolo fijamente con una mirada bañada en azul profundo, sentada en la punta inferior izquierda de la cama.

Los ojos de él estaban abiertos como platos, enrojecidos por el sueño y el cansancio. Tras unos segundos de estupefacción, sus párpados se vieron obligados a cerrarse en un parpadeo. Al abrirlos, vacío. En la cama volvían a estar solamente Marcus y él. Ezra lanzó miradas desesperadas a todos lados, sin éxito. No logró encontrarla. Una parte en su interior se sentía aliviada, pero la otra estaba muy asustada.

Se agarró con fuerza el pelo azabache y bufó, alterado, expulsando con fuerza todo el aire retenido durante la extraña aparición.

«¿Por fin ha ocurrido? ¿Me he vuelto loco?» se preguntó, aterrado.

Se planteó pausar la canción de Birdy, pero finalmente la dejó, le gustaba. Tras un suspiro agachó la cabeza, se recolocó las gafas y, al observar el tachón sobre la palabra “Soledad”, rayó por completo la frase para después volverla a reescribir.

“Hola, Soledad...”

—Hola.

La voz le inundó los oídos. El corazón en un puño, otra vez. En esta ocasión no esperó, levantó la vista corriendo y allí estaba ella, de nuevo, con sus ojos azules como un océano oscuro. En la cama. Observándolo fijamente.

Hubo un silencio largo. Tras tragar saliva con sonoridad, Ezra descendió su mirada hacia el cuaderno, sin mover la cabeza. Leyó las dos palabras que

había escrito y desfrunció el ceño de inmediato, como entendiéndolo todo.

—So... ¿Soledad?

—Encantada, Ezra.

—No... No es posible... ¿Estoy loco, he perdido la cabeza?

—Bueno... No soy médico, pero supongo que no es muy normal que me estés viendo, y me estés hablando. —Se llevó la mano izquierda a la cara para apartarse el cabello rizado y rojizo.

—Pero... ¿Por qué? Es decir, no lo entiendo...

—Bueno, quizás escribirme cada día durante los últimos dos años ha tenido algo que ver. En el fondo has sido tú quién me ha traído aquí. Pues esta soy yo, Soledad, la proyección de tu mente de aquella a quien escribes.

Marcus levantó la cabeza, miró a su amo y volvió a cerrar los ojos lentamente hasta dormirse. Todo mientras Ezra se debatía entre seguir con aquella locura o irse a urgencias.

—¿Pu-Puedo... tocarte?

—Creo que aún no. Es demasiado pronto. —Alargó la mano hacia el chico. Este intentó tomarla pero era como un fantasma, solo aprisionaba aire y vacío—. Supongo que aún estás a tiempo de eliminarme de tu mente.

—Quizás debería hacerlo...

—No, “quizás” no. Es que deberías hacerlo. Es preocupante, ¿no crees?

—Ya... Pero es que eres tan real... —Se agarró con fuerza el cabello con la mano derecha, desesperado—. ¿Y tú? ¿Qué prefieres que haga?

En el móvil comenzó a sonar *Creixem* de La cintura de la Paula.

—Ehm... Es curioso que me preguntes mi opinión, en el fondo soy parte de tu mente. Pues... verás, creo que me hallo tan dividida como tú. —Sonrió, de una manera tan encantadora que Ezra supo en ese instante que no quería que se fuera—. Por un lado quiero que estés bien, y para ello deberías eliminarme.

—¿Pero...? Porque hay un “pero”, ¿no?

De nuevo sonrió, esta vez descendiendo la cabeza, como avergonzada. El cabello le cayó en bucles a ambos lados del rostro pálido. Provocó una sonrisa en él también.

—Pero... Ahora que me has traído, no sé, a “la vida” por decirlo así... Pues en parte me gustaría poder quedarme un poco más.

Ambos rieron.

—Es increíble que seas tan real... De momento creo que vas a pasar una temporada por aquí. Me has caído bien, Soledad.

—Bueno, mientras no se te ocurra llamarme Sole... Suenan a señora mayor de pueblo de interior.

Ambos rieron a carcajadas

—No te preocupes, te llamaré Soledad. Esa es la gracia de tu nombre, ¿no? Si se supone que no existes, entonces se supone también que estoy hablando... Solo. Con mi soledad.

La chica asintió con la cabeza y entonces se hizo un silencio un tanto incómodo. Ella misma lo rompió.

—Puedo... —Señaló con la mirada la parte superior de la cama.

Ezra giró la cabeza, sin entender muy bien.

—¡Ah! Eh... Claro, acércate. Ponte cómoda. Puedes ponerte a mi lado. Es decir, si quieres, no es una propuesta indecente.

Soledad rió, divertida.

—Tranquilo, ya lo sé —dijo, y a continuación fue a gatas hasta la parte superior de la cama, con mucho cuidado, como si temiese despertar a Marcus. Al final, acabaron ambos recostados sobre la almohada.

Se hizo otro momento incómodo de silencio entre los dos, tumbados uno junto al otro como dos adolescentes.

—Te he estado preguntando muchas cosas, no sé si quizás quieras preguntarme tú algo.

—Pues en realidad sí. ¿Qué pensabas escribirme en el cuaderno antes de que apareciera? ¿Te encontrabas mal? Suelen escribirme cosas tristes.

El chico se erizó.

—Pues lo cierto es que sí... Para qué mentirte. Hoy no me encontraba bien. —Agachó la cabeza, con una mezcla de tristeza y vergüenza, mientras se recolocaba las gafas negras. Entonces se dio cuenta de que Soledad le observaba, expectante—. Verás, en realidad...

Poco a poco Ezra fue perdiendo el miedo y la sensación de extrañeza. Ambos mantuvieron una larga conversación sobre temática variada y banal. Para cuando dieron las tres de la mañana, se había quedado dormido con una pequeña sonrisa, de las pocas reales que había tenido últimamente.

# Capítulo 2

## Martes, 13 de marzo del 2018

Sonia estaba esta vez rodeada de chicas, todas compañeras del mismo departamento.

—¿Te vienes a tomar algo hoy, por fin?

—Te lo agradezco, pero hoy tengo una cita. —La sonrisa de Ezra era sincera.

Las jóvenes se quedaron sin palabras puesto que notaban la energía que desbordaba el chico y las ganas que tenía de irse a aquella supuesta quedada. Tras recoger corriendo su escritorio, se dirigió con alegría al ascensor ante la confusa mirada de todas.

—Qué animado se le ha visto estás últimas semanas, ¿no?

—Parece que al final se nos han adelantado chicas... —se quejó una de ellas.

—Sí, estaba... ¿Entusiasmado?

—Yo diría más bien... Enamorado, Sonia.

La mencionada torció el gesto, mientras comenzaban todas a abandonar el lugar.

## 22:34h.

La casa de Ezra estaba un poco desordenada. Había pasado las últimas semanas yendo del sofá a la cama y viceversa, siempre junto a una preciosa Soledad que parecía no cansarse jamás de las largas conversaciones que mantenían.

Los dichos momentos de cháchara solo se cortaban para dormir —cabe mencionar que cada vez menos horas—, durante las madrugadas y también durante la jornada laboral de él.

Por lo demás, el tiempo libre de Ezra se limitaba a las paredes de su habitación y sus charlas con Soledad. A ella no parecía importarle el creciente desorden.

—¿Así que no piensas salir nunca con tus compañeras de trabajo? —La pelirroja llevaba el pijama lavanda con unos calcetines larguísimos como de costumbre.

—Pues no me apetece mucho no... me parece a mí que seguirán esperando a que les diga que sí.

Soledad se peino los rizos hacia el lado derecho de la cabeza.

—Pero podría ser una buena idea. Hacer amigas, quizás una novia... Ya sabes. Una guapa habrá, alguna que te guste.

Ezra mostró una tímida sonrisa mientras observaba embobado los rizos rojos.

—Nah, no tengo el más mínimo interés. —Negó con la cabeza despacio—. Tampoco pienso en el sexo ni tengo necesidad de ello. Aunque es cierto que las chicas del trabajo no están mal... Sonia, por ejemplo, es amable y parece mostrar algo de interés...

—Ajá, conque Sonia, ¿eh?

Ambos rieron, y él casi se atraganta con el burrito Tex-Mex que había pedido a domicilio.

—Es guapa, sí, pero ya te digo que no me interesa. Tener una novia me resulta molesto y laborioso. Sonará horrible pero... me resulta como tener un perro o un bebé a mi cargo de repente. —Soledad abrió los ojos y soltó una carcajada—. A ver, me refiero, implica una responsabilidad que no quiero en mi vida. Ya sabes, pensar en la otra persona, sacarla a pasear, a comprar...

—¿Sacarla a pasear? ¿Eres consciente de que de verdad te estás refiriendo a ello como si se tratara de tener un perro? Así no vas a ligar mucho, Ezra. —De nuevo soltó una carcajada.

—Ya te digo que no es de mi interés. Estoy muy bien solo. Bueno, solo no, con Soledad.

—Gracias, supongo. —Realizó una reverencia exagerada—. Aunque eso de alimentarte a base de burritos y hamburguesas no te hace parecer un buen soltero precisamente.

—Los burritos están deliciosos, créeme. —Levantó el trozo que le quedaba y lo dirigió hacia ella, como ofreciéndoselo—. Si pudieras probarlos te encantarían.

—Bueno, quizás...

Mientras decía esas palabras la chica se agachó y dejó caer la cabeza sobre el hombro de Ezra. De pronto ambos se quedaron congelados, y el trozo de burrito resbaló de las manos de él. Abriendo los ojos como platos, se miraron en silencio.

—¿Lo has sentido también?

La joven se tomó un segundo para contestar.

—Te... te he tocado...

El chico alargó la mano y rozó los bucles rojos de ella. Los toqueteó muy lentamente y a continuación le acarició la mejilla. Estaba fría.

—¡Puedo sentirte, Soledad! —Su rostro, con ojos brillantes y una gran sonrisa contrastaba con el de ella.

—Esto... Esto no es bueno.

Por fin vio que su amiga se había quedado pálida, como si estuviera en pánico.

—¿Qué dices? ¿Por? Es maravilloso Soledad, eres más real que nunca. —La tomó de las manos con fuerza y se volvió a sorprender por sentir esa piel tan fría—. ¡Estamos más unidos!

Ella le arrebató las manos y se levantó de la cama, asustada.

—Si puedes tocarme es que hemos ido demasiado lejos, Ezra. Estamos cruzando una línea de no retorno. Me he dejado llevar... ¡Tu! ¡Tú te has dejado llevar!

—¿De qué hablas? Tranquila Soledad, yo...

—Te avisé en su momento. Esto es peligroso, yo... Yo no soy real, si paso demasiado tiempo aquí, si me retienes... Acabarás perdiendo la cabeza, Ezra.

El chico adquirió un gesto triste.

—Debes dejarme ir y no traerme de vuelta, o no habrá marcha atrás.

—¿Quieres abandonarme?

La chica se subió de nuevo a la cama, de rodillas, y tomó el rostro del joven entre sus manos temblorosas y frías. Lo hizo como si sujetara la vida de Ezra entre sus dedos.

—Claro que no, pero no puedo quedarme. Acabarás loco si te resistes a borrar me de tu mente. He permanecido mucho tiempo aquí, demasiado, más de lo que debería. El que puedas tocarme significa que tú mente se está perdiendo en un camino de no retorno, y no quiero que estés mal. —Bajó su tono hasta convertirlo en un susurro—. No quiero que pierdas la cordura.

Ezra la abrazó y esta le devolvió el gesto. Tras unos segundos de sentir la piel delicada de la pelirroja, incluso su olor a perfume, de pronto, se encontró abrazando el vacío.

—¿Soledad?

—Si no me dejas ir, sufrirás.

Solo escuchaba su voz, lejana, en el ambiente, lo que le recordó la primera vez que la vio.

—Me da igual, no estoy sufriendo cuando estás aquí, al revés. Estoy sufriendo ahora que quieres irte. ¡No te vayas!

—Pero las consecuencias...

—Me dan igual las consecuencias. Vuelve, por favor.

—Pero...

—¡Vuelve!

Entonces la vio a su lado, en la cama, una vez más.

—Hola, Soledad. —Suspiró profundamente, aliviado—. No vuelvas a marcharte. Jamás.

—Tu eres quien decide si estoy aquí o no. Me quedaré si tú quieres, pero te lo advertí, yo te lo advertí.

El chico se tumbó sobre las piernas de ella y cerró los ojos con fuerza como intentando huir de todo aquello. Sintió las manos, ahora más cálidas, de Soledad mientras le acariciaba el cabello azabache.

Lo último que su mente semiinconsciente escucho antes de dormir, fue la voz de ella.

—Yo te lo advertí, mi Ezra...

### **Miércoles, 14 de marzo del 2018. 10:00h.**

Había un ambiente extraño en el restaurante. Ezra comía unas tortitas con nata y sirope de fresa como desayuno. Sus padres, aunque sí bebían de vez en cuando el café que habían pedido, apenas habían tocado el sándwich mixto sobre la mesa. El gesto de él, era serio, enfadado. El de ella era una extraña mezcla entre preocupación, miedo y tristeza profunda.

Ezra lo había notado, pero no tenía muchos ánimos de preguntar. Suficiente con lo mal que se sentía tras las palabras de Soledad la noche anterior. Y esa mañana, antes de dirigirse al restaurante ante la llamada repentina de sus padres, notó a la pelirroja extraña con él. Aunque también se había notado frío con ella.

—¿Es que no nos vas a preguntar ni siquiera por qué estamos aquí? Te limitas a comer como un cerdo y ni siquiera nos miras.

—Somos nosotros quien le hemos citado, y quiénes deberíamos hablar — la señora, aunque con gesto nervioso, intentó conciliar.

Ezra suspiró.

—¿Entonces? Si queréis decir algo, decidlo. ¿Pasa algo?

—Es evidente que sí. —Su padre se mostraba seco.

Silencio incómodo.

—¿Y bien? ¿Qué pasa?

—Eso quisiéramos saber nosotros. ¿Te estás drogando? ¿Qué estás haciendo con tu vida?

Ezra frunció el ceño ante las palabras inquisidores de su padre —Por supuesto que no me drogo, ¿a qué viene eso?

—Cariño —la mujer lo tomó de la mano—, estamos muy preocupados por ti.

—Ya os he dicho que he estado muy ocupado y con mucho trabajo.

—¿Y eso de hablar solo? ¿Eso también es parte de tu trabajo?

El chico palideció. Sus pupilas bailaban del rostro de su padre al de su madre cual aficionados observando un partido de tenis.

—¿Perdón?

Fue ella quien continuó.

—Hace unas noches fuimos a visitarte a casa. Te vimos por la ventana. Tenías la casa desordenada, hablabas y decías cosas incoherentes. Pensamos que estabas borracho o quizás...

El chico retiró las manos de las de su madre con brusquedad.

—¿Me estabais espionando?

—No te hagas la víctima. Te estás drogando, ¿verdad?

—¡Déjale que se explique! —la mujer le espetó a su marido—. ¿Quién es Soledad?

—No me estoy drogando, yo solo...

Pasaron unos segundos que se le hicieron eternos. No se le ocurría qué decir.

—Se acabó, le hemos dado la posibilidad de explicarse y no tiene nada que decir. —El hombre se levantó con violencia y claro enfado de la silla, y comenzó a sacar el dinero de la cuenta—. Hoy mismo comenzaremos los trámites para que entres a una clínica de desintoxicación. No pienso tener un hijo drogata.

—¿Qué? No, ¡no! No soy un drogadicto, mamá.

La mujer comenzó a llorar.

—Solo queremos ayudarte, Ezra; te hemos visto moverte y hacer gestos extraños. Tu aspecto era terrible. Quisimos entrar pero no tuvimos valor.

El padre ya se estaba subiendo al coche.

—No podéis hacerme eso. Además, soy mayor de edad, nadie me puede obligar.

—Tu padre se ha informado bien, y puede. Pero yo no quiero que te



obliguen, yo quiero que lo hagas por ti. Por nosotros. Por favor...

Los clientes del restaurante comenzaron a mirar y cuchichear al ver a la mujer llorando y la salida impetuosa del padre. Ezra decidió tomar a su madre del brazo y ayudarla a salir del local. Ya fuera, se agarraba el cabello con tanta fuerza que parecía que se lo iba a arrancar.

—Para de llorar, por favor.

Pero ella no podía contenerse.

El coche ya estaba encendido, el padre esperaba impaciente.

—Mama, no soy un drogadicto, créeme.

—¿Entonces? ¿Por qué no quieres explicarnos lo que te pasa?

—Porque... ¡Porque estoy loco! —La mujer lo miró con el ceño fruncido y gesto confuso—. Yo... desde hace unos días veo a una mujer. En mi mente. Sé que no está, sé que no existe, pero... sufro mucho, y ella es todo cuanto tengo. Se llama Soledad, o al menos así la llamo. —Comenzó a llorar sin querer hacerlo—. Antes me limitaba a escribirle cartas pero de pronto apareció y desde entonces hablamos. Y por favor, deja ya de llorar. Es eso, solo es eso, te lo prometo, no me estoy drogando...

La mujer lo observó sollozar durante unos segundos y entonces lo abrazó con fuerza. Se secó las lágrimas como pudo y cogió aire.

—Si es tal cual me lo estás diciendo, tenemos que ir al médico. Eso no es normal hijo, tenemos que ir al médico ya. No estás solo, lo haremos juntos. Vamos a hablar con tu padre, debe saberlo. Vamos.

Aunque al principio se negó, cuando se quiso dar cuenta, se encontraba en el coche de su padre camino al hospital.

### **11:50h.**

Tras unos minutos en los que trató de explicarlo de la mejor forma posible, el hombre de gafas y aspecto de desquiciado que le atendía terminó de apuntar algo en un cuaderno de notas.

—Lo que te ha ocurrido no es tan anormal. Sé que pueden estar asustados, pero ocurre más a menudo de lo que piensan.

Ambos padres se mostraban algo consolados con las palabras del psiquiatra.

—¿Pero podrá recuperarse?

—Desde luego. Afortunadamente han solicitado ayuda en una fase temprana, por lo que sus facultades mentales no se han visto demasiado comprometidas.

—Entonces... ¿No estoy loco?

—Claro que no, muchacho. Sin embargo, de haber dejado que esto fuera a más sí podríamos habernos encontrado en una situación más grave. Han acudido en buen momento, como les decía. Pero bueno, no pensemos en eso, sino en el tratamiento. Te voy a mandar tres medicamentos. Uno para evitar la angustia, te va a relajar bastante. Quizás te sentirás muy somnoliento al principio, es normal. Evita salir de casa y estar solo durante esta primera fase. Desde luego, te daré la baja del trabajo durante las primeras semanas.

Lo segundo que te receto es un antidepresivo no muy fuerte, considero que será suficiente con una dosis pequeña para comenzar el control de tu depresión.

Estos dos fármacos son temporales, te dejaré escrito durante cuanto tiempo tendrás que tomarlos.

El último, y el más importante, es un medicamento muy potente. Puede que al principio te genere unos efectos secundarios molestos y un rechazo por tu parte, pero es fundamental que lo mantengas. Es de este del que depende realmente tu recuperación. Con él trataremos cualquier episodio psicótico debido a un brote esquizofrénico, además de la depresión. Es por ello que el otro antidepresivo te lo receto en una dosis más pequeña ¿Lo has entendido?

—Sí...

El joven asintió, entristecido profundamente por sentirse como un loco. No ayudaba escuchar palabras como “psicosis” o “esquizofrenia”.

—Recomiendo que te mudes con tus padres durante el tratamiento, es importante que te ayuden a controlar las dosis. Que no te pases y que no dejes de tomar los medicamentos.

—Por supuesto, se mudará hoy mismo —se apresuró a afirmar el padre.

—Perfecto, les voy a imprimir todas las pautas, cantidades, horarios de consumo y demás para que las tengan por escrito. Pasadas las dos primeras semanas solo mantendremos el tercer medicamento, así que no te preocupes que no vas a tener que tomar mil pastillas siempre, es solo al principio.

De nuevo, el chico asintió.

—Pues nada, ánimo familia. Y no os preocupéis que, con esfuerzo, veréis los buenos resultados.

Todos le dieron la mano a aquel hombre, y salieron de su despacho sin pronunciar palabra entre ellos. Se dirigieron directos hacia el apartamento de Ezra. El silencio sepulcral se mantuvo mientras le ayudaban a recoger sus pertenencias más importantes. Cuando estuvieron a punto de salir, el joven se

frenó en seco.

—Necesito ir al baño, enseguida os alcanzó.

Tras asentir, se marcharon y se quedó solo en la casa. Fue hasta el salón y cerró la puerta. Tenía los ojos rojos y empezaban a humedecerse. Los cerró con fuerza y suspiró. Al abrirlos, allí estaba ella. Su amiga, su pelirroja, enredándose los rizos entre los dedos de la mano derecha.

—Soledad... —susurró, para evitar ser oído por sus padres.

—Lo sé. Te vas.

—Nunca has salido de este apartamento. No sé si podré llevarte conmigo.

—Lo importante no es si puedes, sino si debes. Y la respuesta es no. Incluso si me ves o me escuchas allí, expúlsame de tu vida. Es lo mejor.

Ezra se acercó a ella con los ojos empapados en lágrimas que se negaba a soltar. Ambos mantenían la conversación en susurros.

—Por si no te veo allí, y tardo en regresar a casa, gracias. Por todo.

—Gracias a ti por apreciarme y hacerme existir.

—Volveré, te lo prometo...

Ella sonrió, y aquello le partió el corazón a él.

Espontáneamente se fundieron en un abrazo profundo.

—¿Ezra?

Se encontró abrazando el vacío. Corrió a secarse las lágrimas.

—Sí, he terminado. ¡Vámonos!

Se dirigió a la puerta principal, donde le esperaba su madre. Le observó por un momento con mirada apenada y se marchó al coche. Él se dispuso a cerrar la puerta y, justo antes de terminar de hacerlo, se frenó. Por la pequeña ranura que mantenía abierta observó a lo lejos a su pelirroja con sonrisa triste, haciendo un gesto de adiós con la mano. Él sonrió también, y cerró la puerta con llave.

Durante las siguientes semanas la vida de Ezra cambió por completo. Ahora, cada día al despertar oía a su madre con la radio o la televisión encendida. Por primera vez en muchos años escuchaba el ruido ambiente de la vida activa en su casa, no el silencio sepulcral de la soledad. Todo ello era, cuanto menos, extraño. Cuando estaba con Soledad se sentía cómodo, ahora con su madre por las mañanas y también su padre por las tardes, se sentía raro, contrariado, fuera de lugar.

La medicación no ayudaba. Pronto comenzó a sentir los primeros efectos secundarios: los mareos, la somnolencia cada vez más extrema, las náuseas... Pero debía tomarlos y fue disciplinado en ello.

En cuanto a Soledad, entre las recomendaciones del médico se encontraba la de romper contacto con ella. Los tres primeros días lo consiguió sin siquiera proponérselo. Al cuarto día, sin embargo, se encontraba tan extremadamente agobiado por su cambio de vida y el deseo de estar solo, que no pudo evitar sacar un cuaderno y comenzar a escribir, desesperado.

Al principio no obtuvo respuesta a sus lamentos escritos. Pocos días después, comenzó a escuchar la voz de Soledad, respondiéndole. Al cabo de una semana yacía en la cama junto a ella, susurrándole sus pensamientos y sentimientos más íntimos, sus divagaciones mentales. Mantenía la voz lo más bajo posible para que sus padres no volvieran a pillarlo.

## Capítulo 3

Y los meses pasaron rápidamente. La medicación, que al principio se limitaba a crear molestos efectos secundarios, fue dando sus frutos.

La actitud de Ezra hacia la vida fue cambiando poco a poco. Logró acostumbrarse a la vida con sus padres gracias a Soledad, su desempeño en el trabajo creció significativamente así como las relaciones sociales con sus compañeros de trabajo.

Si ya era considerado exitoso por las personas de su entorno, ahora también él lo consideraba. Dejó de experimentar esos horribles sentimientos de podredumbre interna, esa depresión que lo contaminaba por dentro y se extendía cual cáncer. Y así se lo hizo saber a Soledad y a sus padres.

Al cabo del tercer mes todos, Ezra, sus padres y hasta el mismo psiquiatra estuvieron de acuerdo en que volviera a su apartamento. Todos ignorantes, sin embargo, de la amistad que todavía mantenían Ezra y su pelirroja.

*«¿Para qué sacar el tema de Soledad? Ahora todo está bien, he conseguido tenerlo todo. Mi cordura, mi felicidad y a Soledad. ¿Para qué estropearlo?»* pensaba a menudo.

### **Viernes, 29 de junio del 2018.**

—Qué, chicas... ¿Hoy también tenéis planes?

Ezra no las miró mientras hacía la pregunta, sino que observaba las cosas que metía en la cartera mientras recogía su escritorio.

Todas se quedaron sorprendidas por unos momentos.

—Sí —se apresuró a contestar Sonia—, vamos a ir con Rubén y los chicos a tomar algo. Ya sabes que es nuestra forma de celebrar la llegada del finde.

Rieron mientras varios jóvenes, entre ellos el mencionado Rubén, se acercaban a escuchar.

—Ah, suena guay. ¿A dónde iréis?

—Bueno, esta noche estábamos indecisos, si ir de tapas o directamente a cenar a un restaurante. Y luego quizás a un *pub* o algo así. ¿Por qué lo preguntas? ¿Será que por fin te vas a apuntar?

Ezra sonrió y por fin los observó a todos. Le pareció notar un punto

expectante en las miradas.

—Ehm... venga, vale, ¿por qué no? Hoy tengo ganas de hacer algo diferente.

Se hizo un silencio sepulcral durante unos pocos segundos. Entonces todos estallaron en comentarios alegres, mientras que Sonia abría los ojos como platos y sonreía con sorpresa.

—¡Anda! Pues... Genial, osea, ¡por fin! ¿Has traído coche? Si no, puedes venirte conmigo.

—Si, lo tengo abajo, pero gracias Sonia.

—Nada nada, pues si te parece vamos a preguntarle al jefe, que también se apunta. A ver qué quiere hacer y a ver si nos decidimos.

Ezra asintió y, cuando todos terminaron de recoger, salieron juntos en los ascensores de la oficina.

La noche se había dado tranquila. Cenaron en un Vips y charlaron de muchísimas cosas. La mayoría, del trabajo, eso sí. Pero todo en tono jocoso y añadiendo quejas veladas al jefe sobre los métodos de traducción y los temas a traducir.

Sonia se sentó junto a él y no dejaba de observarle de reojo, cosa que no pasó desapercibida al joven. Después de la cena se fueron a un *pub* cercano y continuaron hablando y bebiendo.

Todos consumieron alcohol menos Ezra, lo odiaba. Sonia, al ver que él no bebía, decidió por una vez no hacerlo tampoco. Lo que menos quería era dar un espectáculo y que el otro estuviera sobrio para verla y juzgarla.

Pronto los demás se pusieron a bailar y hacer el ganso, incluido el jefe, debido a las copas que no dejaban de pedir. A Ezra le parecía todo una extraña mezcla entre molesto y gracioso. Al final, cuando se quiso dar cuenta, había dos grupos separados: todos los del trabajo, borrachos, que iban a su bola; y él junto a Sonia, sobrios, sentados en la mesa del pub. Hablaron de diferentes temas: primero trabajo, después cosas banales y, por último, cosas personales y más profundas. Ambos cotilleaban sobre la vida del otro.

—Bueno, creo que me voy a ir yendo ya.

—¿Qué? —Sonia se llevó, con rapidez histérica, el reloj a la altura de los ojos—. ¡Si solo son las doce y media!

—Ya, pero no soy de los de estar por ahí hasta la madrugada, como te comentaba antes he sufrido de problemas de sueño y ahora intento mantener una rutina más equilibrada para dormir.

—Jo, pero por una noche no pasará nada...

Ezra ríe.

—Quiero pensar que tus palabras significan que te lo estabas pasando bien conmigo y no te aburrí pese a que no he salido a bailar ni me he movido de aquí en toda la noche. Espero no haberte dado mucho la chapa.

—¡No, no, no! Al revés, me lo he pasado genial. Si lo que quieres es estar más tranquilo y más de relax podemos ir a otro sitio menos movido. Una cafetería, o quizás quieras venir a mi casa... A tomar algo y seguir charlando —lo aclaró como con vergüenza.

Ezra se puso nervioso. Sabía que pese a esa última aclaración lo más probable es que se estuviera refiriendo a terminar la noche en sexo. Temió parecer un idiota y perder el interés de Sonia, que le agradaba, pero debía ser sincero con ella y con él mismo. No podía decirle que sí y darle un mensaje equivocado cuando él era completamente asexual.

—Te lo agradezco, suena genial la idea, pero lo que necesito es dormir. Podemos quedar otro día y tomarnos ese café, si te apetece. Un desayuno o una merienda, como prefieras.

Sonia pareció contrariada y confusa. Le parecía extraño que un chico joven y atractivo le rechazara una invitación tan clara para ir a su casa. Tras un segundo de duda, volvió en sí.

—Claro, no te preocupes, quedamos otro día.

Ambos se dieron dos besos y, tras despedirse de los demás, quienes le abrazaron y le felicitaron por venir —incluso algún “te quiero tío” se oyó debido al alcohol y lo festivo del momento—, se fue a por el coche.

Ya en casa, entró despacio para no molestar a Marcus, que dormía. Sin embargo, este se despertó y le acompañó hasta la habitación restregándose contra él. Tras mirarlo un rato accedió a la habitación, se fue desvistiendo poco a poco y se tumbó en la cama aún en boxers, junto al pijama. Tenía un cúmulo de sensaciones y prefirió hablarlo con Soledad urgentemente antes que terminar de cambiarse.

—¡Soledad! Wao. Ha sido una noche... Extraña. Por un lado la única parte de la que disfruté un poco fue la cena. Todo fue bien, normal, como una reunión de trabajo. Luego fuimos a un *pub* y no me gustó nada el ambiente. Ya sabes que odio la música estruendosa y las aglomeraciones de gente.

Rió mientras se estiraba en la cama con los brazos y las piernas abiertas

—Pero lo que sí disfruté mucho fue la compañía de Sonia. Sí, ya sé que

en su momento te dije que no me interesaba y te reíste de mí, pero es que no había tenido la oportunidad de conocerla más a fondo. Me pareció una chica no complicada, amable, y es guapa. Además creo que le intereso, aunque no estoy seguro, claro. Ella fue la mejor parte del “momento *pub*”. Eso sí, me invitó a su casa y la rechacé. Sí, sí, antes de que me lo digas ya sé que fui un estúpido, pero sabes que soy asexual, no me interesa el sexo lo más mínimo, y si aceptaba ir podría estarle enviando un mensaje equivocado. Que deseaba pasar la noche con ella, vaya. Es complicado, ya sabes lo obsesionada que está la gente con el sexo actualmente...

Suspiró y giró la cabeza a su izquierda, buscando una intervención de su amiga que no había llegado. De hecho cogió aire para recriminarle su silencio. Entonces se dio cuenta de que la cama, salvo por él, estaba vacía. Había estado hablando solo todo el rato.

—¿Soledad? ¿Soledad, dónde estás?

No recibió respuesta.

—¿He dicho algo malo? ¿Te has enfadado? Siento haber vuelto tarde y no haberte avisado. Fue algo inusual, ya sabes que nunca salgo y... no sé, no puedo llamarte, no puedes coger el teléfono.

Rió, nervioso. Tras unos largos segundos de silencio incómodo, suspiró.

—Discúlpame si te ha molestado, de verdad.

Nada, vacío. Marcus entró en la habitación, saltó sobre la cama y se tumbó en sus piernas desnudas.

Tras un rato de espera, Ezra se fue a dormir sin recordar que esa misma noche habían comenzado sus dos semanas de vacaciones.

### **Sábado, 30 de junio del 2018. 10:00h.**

El joven se revolvió entre las sábanas, mientras recuperaba poco a poco la consciencia. Había olvidado cerrar la persiana, por lo que lo primero que notó fue la poderosa luz solar inundándolo todo. Suspiró, con los ojos achinados.

*«Dios, he dormido extremadamente bien esta noche. Ha sido... delicioso.»*

Sonrió para sus adentros, recordando que durante las próximas dos semanas no tendría que madrugar. Se quedó mirando el techo, blanco y brillante ante la luz. Notó el peso de Marcus sobre sus piernas, dormido. Entonces se percató del silencio. Se sentó de un salto en la cama, asustando al pobre gato.

—¿Soledad? —Esperó por unos instantes—. ¡Soledad!



Se levantó corriendo de la cama. Recorrió el apartamento, como si pudiera esconderse de él. En su búsqueda desesperada le venían imágenes constantes de los muchos despertares desde que la pelirroja apareció en su vida.

—¡Soledad, no hace gracia!

Recordó cómo al abrir los ojos cada día la encontraba a su lado, sonriente, con sus profundos ojos azules observándolo dormir.

«*Buenos días, pequeño*» resonaba la dulce voz de ella en su cabeza.

De pronto se encontró de nuevo frente a la cama, con el gato mirándolo como preguntándose qué mosca le había picado.

Las imágenes de los recuerdos se entremezclaban con la visión borrosa de la habitación debido a las incipientes lágrimas.

—Soledad... —susurró con un hilo de voz y los ojos enrojecidos. En un parpadeo una lágrima se le descolgó por la mejilla izquierda.

Entonces, cayó de rodillas sobre la alfombra vino tinto, y la agarró con fuerza como si se arañara el corazón así mismo.

—Mierda, mierda...

Se levantó corriendo y tomó el cuaderno negro. Con la mano temblorosa comenzó a escribir.

“Soledad, vuelve, por favor, ¡vuelve!”

Enseguida se peinó hacia atrás con fuerza y miró a su alrededor, esperando una aparición repentina. Pero nada. Nada. Y nada.

Lanzó la libreta al suelo de un manotazo enfurecido y se quedó sentado en el escritorio con los brazos en la mesa y la cabeza entre estos, agachada. Se aferraba a las mangas del pijama gris. Agachó aún más la cabeza, perdido, mientras los cabellos azabache fueron cediendo poco a poco a la fuerza de la gravedad y su mirada se iba sumiendo en la oscuridad en contraste con la luz del sol que embriagaba la habitación.

### **Lunes, 2 de julio del 2018.**

—Me parece fatal que no hayas seguido el tratamiento.

—Lo-lo he seguido al pie de la letra —tartamudeó.

—No me refiero a la medicación. En los documentos que te pasé lo especificué muy claramente: romper todo contacto con la chica que describías en tu imaginación. Y cuando te pregunté sobre ella en las siguientes visitas me mentiste.

—Ella... Ella no me hacía ningún daño, solo quiero que vuelva. No sé si

la he enfadado, no-no lo entiendo...

El psiquiatra soltó el bolígrafo y se quitó las gafas. Se presionó el entrecejo mientras se echaba hacia atrás en su sillón.

—Sí te hace daño, Ezra. La tratas como si existiera, te crea ansiedad en su ausencia y hasta crees que ha desaparecido porque la has ofendido. No, esa chica no existe. Es un ente imaginario y continuar a su lado te llevará a una enfermedad mental muy grave.

—¡Pero Soledad...!

—No uses un nombre propio con eso, debes aceptar que no es una mujer real. —Suspiró—. Además, te equivocas. La idea era que tú como paciente la abandonarás, *motu proprio*, pero en cambio ha tenido que ser un abandono forzado.

—¿Cómo forzado?

—Sí, como te he dicho, ese ser no existe. Si ha desaparecido no es porque haya tenido libertad de elección y se haya ido a perturbar la mente de otro. —Lo miró fijamente—. Se ha ido porque es parte de lo esperado. Has estado siguiendo un tratamiento que ha estado corrigiendo los episodios esquizofrénicos que causaban su aparición, y finalmente lo ha hecho. Los ha corregido. Ese ser ha desaparecido para siempre, tendrás que acostumbrarte.

El chico lo miró con tristeza y sorpresa.

—¿Por qué no me avisó de que desaparecería?

—Se suponía que debías eliminarla tú. De hecho, se suponía que lo habías hecho hacía mucho tiempo. Llevamos varios meses con el tratamiento, y no lo has cumplido. Afortunadamente eso no ha impedido que el fármaco siga su curso y haya tenido efecto. De momento, te recetaré unos calmantes para la ansiedad. Tómalos después de desayunar, ¿de acuerdo?

El hombre tecleó todo en el ordenador —Me siento... Muerto por dentro...

—Todos esos sentimientos se podrían haber evitado si hubieras seguido mis recomendaciones. Sin embargo, elegiste tomar un camino más largo y más complicado. Ahora no hay marcha atrás, solo nos queda continuar por él hasta nuestro destino: tu recuperación total. Te recomiendo fervientemente que te mudes de nuevo con tus padres. No es conveniente que vivas solo en estos momentos, se ha complicado todo el proceso.

El chico tomó la hoja impresa que le ofrecía el psiquiatra y respiró calmadamente, mirándola sin leer.

—Gracias, doctor García —añadió tras un breve silencio, y entonces

abandonó la consulta.

Una vez en casa, se quedó de pie en la cocina observando la receta médica y los medicamentos que ya tenía. Pasó así veinte minutos hasta que, por fin, tomó una decisión.

—Volverás, sé que volverás —susurró—. Porque... no, no puedo seguir adelante sin ti...

Y entonces tomó tanto los medicamentos antiguos como la receta nueva, todo junto, y a continuación los lanzó con rabia al bote de la basura.

# Capítulo 4

Los días pasaron con la rapidez de unas horas. El despertar de Ezra fue haciéndose peor con cada día que pasaba. Su sueño también. Cada vez se dormía a una hora más tardía, por lo que su rostro, su actitud y su productividad fueron cayendo en picado. Esto no pasó desapercibido en la oficina.

La primera en notarlo, por supuesto, fue Sonia.

—Buenos días, señor ojeras. ¿Has pasado mala noche? —le dijo el primer día en que volvieron a verse tras las vacaciones de él.

—Tengo trabajo...

Y se marchó directamente a su escritorio. Sonia se quedó mirando al vacío durante dos segundos, y entonces torció la cabeza con dos espasmos hacia Ezra, viéndolo marchar y sin saludar a nadie.

A partir de ese momento se rompió toda relación entre ambos. Bueno, y con el resto de sus compañeros. Y con sus padres. Y con el mundo entero.

—Hola, desaparecido. ¿Te encuentras bien? Hace tiempo que no sabemos de ti, y tienes el móvil apagado. ¿Te has cambiado de número o qué? En dos semanas volvemos a la ciudad, te echamos de menos. Lo hemos pasado muy bien de vacaciones. Tu padre te manda saludos. Esperamos tu respuesta, besitos. —Sonó un pitido alargado—. *Tiene cero mensajes nuevos en su contestador. Para volver a escuchar su último mensaje, pulse uno.*

El joven se dejó caer sobre la cama, cual cadáver, con la habitación totalmente a oscuras y sin haberse cambiado de ropa. El gato maullaba, en vano, pidiendo que le cambiasen el agua.

## **Jueves, 4 de octubre del 2018.**

Tras meses de fuerte insomnio y nula higiene del sueño, ocurrió: había pasado la noche totalmente en blanco. Nunca había sufrido algo parecido. Una tortura nocturna, sin tregua. Llevaba tiempo durmiendo demasiado poco, y las ojeras eran profundas y muy negras, pero era la primera vez que no había conseguido dormir ni siquiera media hora, su último récord. Marcus se le subió al pecho, así que lo acarició con la mano temblorosa.

No se levantó cuando escuchó el despertador. Tampoco cuando comenzó a sonar el teléfono fijo. Ni siquiera cuando empezaron a dejarle mensajes en el contestador de voz, preocupados.

—¿Ezra? Soy Patricia de recursos humanos. Me comentan que no has venido a la oficina y que no consiguen contactar contigo. ¿Te encuentras bien? Te hemos dejado mensajes al móvil, así que recurro a tu fijo por si las moscas. Entiendo que algo te habrá ocurrido, espero que no sea demasiado grave, ponte en contacto con nosotros lo antes posible. Gracias.

No desayunó ni comió. Lo máximo que hizo en todo el día fue cambiarle el agua al gato y limpiarle la bandeja.

El resto del tiempo permaneció en la cama con música de fondo, viendo pasar las horas con la luz tenue del sol moviéndose por la habitación a través del estor. Durmió a trozos durante el día, pero no muy profundamente. Enseguida despertaba y recordaba la podredumbre en que se había transformado su vida. El efecto rebote tras haber suspendido la medicación de forma repentina se le estaba haciendo demasiado fuerte. Más de lo que podría haber imaginado. Y lo que le mantenía con vida —la esperanza de volver a ver a Soledad—, sí, esa esperanza, se le escapaba entre los dedos como el agua.

Hacía ya cuatro meses que había abandonado de forma radical la medicación y, sin embargo, la joven no regresaba. Ezra se preguntaba constantemente si el psiquiatra le habría mentado, y aquel fármaco no era el culpable de su ausencia.

En la cama, con unas ojeras horribles y barba de varios días escribió con mano temblorosa como hacía diariamente: “*Tienes que volver...*”

El cuaderno se encontraba casi completamente lleno de mensajes a la pelirroja.

“Porque... porque me he dado cuenta de que te amo. Te amo y no concibo vivir esta mierda de vida sin tu sonrisa, sin volver a ver esos ojos azules. Por favor... ¡vuelve Soledad!”

De pronto, escuchó el timbre.

—¡Ezra, abre la puerta ahora mismo!

Su padre se notaba furioso. La reacción del chico fue dejar el cuaderno a un lado y taparse hasta arriba con el edredón, en un intento de huir de la realidad.

—¡No puedes esconderte aquí para siempre! ¡Necesitas ayuda y lo sabes! Ya no recordaba cuántas veces se había repetido aquella escena. Llevaba

meses evitando a sus padres, y estos parecían no cansarse de intentar ponerse en contacto con él. Bajo el edredón comenzó a llorar mientras se tapaba los oídos para no escuchar los gritos de su progenitor. Hiperventilaba y algún gemido quejumbroso se escapaba de su garganta. Oyó a su padre llorar y continuar gritando, pero ya no pudo ni quiso distinguir el significado de sus palabras. Simplemente continuó con los oídos tapados.

### **31 de diciembre del 2018, 17:45h.**

Era la primera vez que Ezra veía tanta nieve para fin de año. Parecía la típica película navideña cutre estadounidense. Lo cierto es que en su ciudad jamás nevaba tan pronto; la nieve se concentraba en los meses de enero y febrero, no en diciembre. Sin embargo, amaba la nieve, el frío, el invierno... por lo que le pareció poético que en un día que iba a ser tan importante para él nevara tanto.

*«En el fondo, el clima adverso siempre me ha acompañado en los principales momentos de mi vida pensó. El frío me quiere, o eso me gustaría creer.»*

Caminó con su gabardina negra a través de las calles resbaladizas con paso lento. Lo que menos quería era hacer el ridículo ese día, *el día*. En general, la ciudad estaba vacía de gente, pero llena de coches. Las pocas personas que se veían salían de sus casas con paquetes y bandejas de comida.

*«Me alegra no haber celebrado nunca estás chorradas. Hipócritas, cenando “en familia”, cuando muchos de ellos ni se soportan el resto del año. La de peleas que habrá esta noche...»*

Se detuvo un momento y suspiró. Cerró los ojos y levantó la cabeza al cielo. Disfrutó del roce de los copos sobre el cabello azabache y el rostro, e inhaló con fuerza el aire gélido, saboreando el delicioso olor del invierno. Aunque intentaba no dejarse crecer demasiado la barba, sí que la llevaba de varios días. El pelo lo llevaba enmarañado, lo que junto a la barba, la delgadez y las ojeras le habrían hecho pasar por un sin techo, salvo por la elegante gabardina y los guantes de cuero, todo negro.

*«En el fondo ya soy un sin techo...»*

Continuó su paseo con tranquilidad hasta llegar a aquel puente de ladrillo y barandillas rojas. Se detuvo a la mitad y observó el abismo que se abría bajo el lugar. Estaba totalmente nevado, un parque muy bonito. Le dio algo de vértigo, se encontraba a una altura realmente monstruosa.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Los cerró, cayendo una gotita con

fuerza del ojo izquierdo. A su mente llegaron muchos recuerdos...

Recuerdos de las múltiples cartas de cobros que le habían ido llegando y que, sin abrir, se habían estado apilando durante los últimos meses. Del día que le cortaron la luz y la calefacción, dejando su corazón aún más oscuro y frío, si cabía. Del día que recibió una carta de la oficina: lo habían despedido por sus múltiples y continuas ausencias injustificadas. Y cuando ese mismo día le cortaron por fin el agua, le llegó otra mala noticia, quizás la peor de todas, en forma de fatídica misiva por la mañana: una orden de desahucio por impago de la hipoteca, la cual se iba a hacer efectiva en los próximos días.

Soltó un gemido de dolor que se convirtió en vaho al expulsarlo en el ambiente gélido. Cedió al llanto sin poder resistirse más. Se rodeó y presionó el estómago con los brazos y lloró desconsoladamente, arqueándose como si lo atravesaran con una espada llameante, con el rostro totalmente empapado en lágrimas, sintiendo que se ahogaba e hiperventilando en una nube de vaho.

Se agarró el cabello azabache con fuerza y cerró los ojos. Los recuerdos ahora evocaban a Soledad. Sus conversaciones, sus risas, sus miradas, sus caricias...

—No... ¡no puedo más! ¡Esto me va a matar! ¿Por qué tengo que sentirme así? ¿Por qué me pudro por dentro, por qué me carcome esta muerte?

Se quitó los guantes de cuero con violencia, se agarró con las manos desnudas a la barandilla roja cubierta de nieve y hielo y gritó al vacío con todas sus fuerzas. Tras unos segundos de desahogo, levantó la pierna derecha y luego la izquierda. Por fin estuvo de pie tras la barrera. Delante de él, solo el abismo. Todo lo demás: las calles, el parque... vacío total, sin testigos.

Apenas podía ver bien a través de las lágrimas. Las manos se le estaban entumeciendo debido al frío y al congelado metal de la barandilla.

—Te esperé... Te esperé todo cuanto pude... Pero no volviste Soledad. Nunca volviste.

Cedió de nuevo al llanto. Apenas podía respirar y ver las luces borrosas de las farolas, de las casas y de los coches a lo lejos, a través de las lágrimas.

—Adiós... Adiós a todos. Lo siento papá y mamá. Lo siento de verdad. Adiós...

Cerró los ojos, cayendo varias lágrimas al vacío. Por fin levantó el pie derecho y abrió los dedos de las manos, soltando la barandilla helada. Mientras se soltaba, una antigua canción cuyo cantante se llamaba Rolando Laserie vino a su mente.

«Hola, Soledad. No me extraña tu presencia... Casi siempre estás conmigo. Te saluda un viejo amigo, este encuentro es uno más.»

—¡Ezra!

El joven abrió los ojos de par en par mientras el peso del cuerpo lo precipitaba al abismo. Buscó en el aire el metal frío. Cerró con desesperación las manos, a tientas. La derecha solo encontró vacío. La izquierda... encontró la barandilla y se aferró a ella con locura. El pie izquierdo, el único que seguía apoyado en el borde del puente, resbaló fruto del peso del cuerpo, del hielo y del movimiento violento, arrojándolo a los brazos de la muerte.

«Yo soy un pájaro herido que llora en su nido porque no puede volar. Y por eso hablo contigo, Soledad, yo soy tu amigo. Ven, que vamos a charlar.»

De pronto, se vio flotando en el vacío, colgando de su mano izquierda que se sujetaba al metal. Con la mano derecha y el corazón en la garganta busco violentamente algún lugar al que aferrarse. Las lágrimas no le dejaban ver nada, pero pronto encontró un saliente al que aferrarse. Le dolían las manos, entumecidas, pero su deseo de sobrevivir por un poco más de tiempo fue mayor.

*«Hola, Soledad... Esta noche te esperaba. Aunque no te diga nada, es tan grande mi tristeza... Ya conoces mi dolor.»*

Comenzó a subir por la barandilla. Encontró un punto de apoyo para los pies y poco a poco fue ascendiendo. Cuando consiguió ponerse en pie, tal cual estaba antes de caer, se secó las lágrimas para poder afinar la vista. Por fin, a través de vaho de su agitación, la vio.

«¡Hola Soledad!»

Soledad, tan hermosa como siempre, con los ojos abiertos como platos. Él no podía articular palabra, solo mirarla.

«¡Hola soledad!»

Era hermoso el contraste de su pelo y sus labios rojos con el blanco de la nieve, y de su piel.

«¡Hola Soledad!»

Intentaba hablar pero no podía, hasta que por fin consiguió tomar aire.

—So... ¡Soledad!

La chica corrió y lo abrazó con fuerza. El sintió esa fuerza, esa desesperación en la joven.

—¿Por qué...? ¡No vuelvas a intentar algo así! ¡Jamás!

Se separó de ella y cruzó la barandilla hasta estar del todo seguro. Entonces la abrazó de nuevo.



—Te fuiste... Te fuiste y no volviste. Me volví loco, no... no podía seguir sin ti. Mi vida es un desastre, no tenía el más mínimo sentido pero desde que apareciste todo cambió. Y sin ti, todo volvía a ser una mierda. Mi mundo se desmorona a mi alrededor. No puedo...

—Pero Ezra...

La alejó de sí y le puso el dedo en los labios carnosos.

—Shhh... No, no digas nada. Yo... yo te amo Soledad. Estoy enamorado de ti.

La joven volvió a abrir los ojos al máximo. Dio un paso atrás.

—Ezra, yo no existo. No puedes enamorarte de alguien que no existe. No soy real y lo sabes.

—Eres más real que todo lo que tengo en mi vida. Eres lo más real que existe para mí.

—Te quiero... pero no puede ser. Nada de esto es racional, es solo una ilusión incoherente. Lo siento —tomó el rostro de él entre sus manos—, de verdad. Sabes que no puedo estar contigo para siempre, tu salud mental...

—No... Por favor, te lo pido, ignora todo eso. Lo único que quiero aparte de la muerte es a ti.

El chico giró la cabeza hacia el vacío.

—¡No! Ezra, mírame, ¡Mírame! —Por fin consiguió que la observase de nuevo—. No lo hagas, no es la solución.

Las lágrimas volvían a correr por la cara de él.

—No puedo más, Soledad. No puedo más...

Agachó la cabeza y entonces ella lo imitó, pegando su frente con la de él, como si compartiera su dolor. De hecho, una lagrima corrió mejilla abajo cuando la pelirroja cerró los ojos también.

Mientras ambos lloraban, se rozaron la punta de ambas narices. Los inundó el vaho. Aún con los ojos cerrados sus bocas se fueron acercando hasta fundirse en un beso. Un beso lento, pero muy potente.

«*Es tan grande mi tristeza, ya conoces mi dolor...*» resonó de nuevo en su mente la canción.

Ezra sintió los rizos de ella rozarle y pincharle el rostro. También cómo la barba friccionaba contra la piel de la joven.

Esto era real, más real que cualquier cosa que hubiera experimentado antes.

Tras una eternidad de felicidad embotellada en unos pocos segundos, separaron sus labios.

—Te amo, quédate conmigo. Solo te pido eso. Para siempre, seamos felices, los dos.

Ella lo miró, aún con lágrimas. Entonces sonrió, con mirada triste.

—Hemos sobrepasado todos los límites Ezra. Este es el último. No habrá marcha atrás.

Él también sonrió, feliz.

—No la habrá. Atrás, ni para coger carrerilla.

Ambos rieron.

—De... de acuerdo. Sólo no olvides nunca que te avisé, y que te quiero tanto que siempre deseé lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí eres tú, así que cumpliste. —Le beso los labios en un pico rápido, a lo que ella esbozó una sonrisa.

—Sea, pues. Abracemos esta locura.

Y entonces se volvieron a besar apasionadamente bajo una lluvia de copos de nieve.

# Capítulo 5

Ambos volvieron juntos de la mano. Ambos, muy felices. Pasearon por la calle en noche en la que no dejó de nevar en ningún momento. Llegaron al apartamento y salieron a la terraza. Allí, ambos abrigados con el edredón cenaron a la luz de las estrellas y de unas pocas velas. Charlaron y rieron toda la noche. Bebieron vino y comieron queso ante la atónita mirada de una vecina que, lejos de celebrar con su familia el fin de año, grabó con el móvil el momento íntimo de Ezra. Él no pareció percatarse de aquello, la felicidad lo tenía embriagado.

A medianoche apagaron las velas y esperaron unos minutos. Por fin escucharon los ruidos de los vecinos que avecinaba el fin de año. Entonces, el cielo invernal se iluminó en un estallido de múltiples colores. Los fuegos artificiales se sucedían sin descanso. Soledad y él miraron maravillados el espectáculo, y se fundieron en besos continuos en celebración de su amor.

Y así, se quedaron dormidos casi a la intemperie, mientras en algún lugar sonaba la canción de *Los charcos*, de Dani Martín.

*“Que me ayudes a mostrar mis cicatrices, que me agarres con más fuerza el corazón.”*

El tiempo pasó, y la falta de recursos no pareció hacer la más mínima mella en la pareja. Al revés, su relación siguió profundizándose. Solían pasar el día en casa. Ezra, por su parte, no volvió a recibir visitas de sus padres, ni cartas fatídicas, ni se llevó a cabo la orden de desahucio.

*“Que me digas que aunque todo sea difícil, en los charcos saltaremos tú y yo...”*

Todo era perfecto, y compartían juntos comidas, ratos deliciosos, cariño y besos. Todo excepto sexo. Ambos eran asexuales, por lo que su relación se basaba en una unión sentimental mucho más fuerte y profunda que la de cualquier otra pareja.

*“Que me arranques las entrañas y me mires más adentro donde solo vivo yo.”*

Y el tiempo siguió pasando, inalterable como es. Ni Ezra ni yo sabríamos poner una cantidad exacta. Tan solo, pasó, y pasó feliz.

“Que me saques esos miedos y los tires a los charcos, y pisarlos tú y yo. En los charcos saltaremos tú y yo.”

Y así, llegó el día. Sea cual sea el tiempo que hubiera pasado, había sido mucho, el suficiente para unirse para siempre. El día de casarse.

*“Soltarás una a una mis cadenas, nacerás cada día por amor.”*

La ceremonia fue rápida y sencilla, pero preciosa. Preciosa como la novia. Sus rizos rojos, como siempre, hacían una combinación perfecta con el blanco, el de su piel, y el del vestido palabra de honor.

*“Me traerás con el pie la luna llena, tumbadita a mi lado del colchón.”*

El novio, de negro protocolario y pajarita roja, la esperaba nervioso. Le tendió la mano a su novia cuando se acercaba con esa sonrisa que lo enamoraba tanto.

“Lucharás por no perder la paciencia con este idiota que cien veces naufragó.”

Pronto firmaron los documentos civiles y se dieron el beso. Y los invitados estallaron en aplausos, gritos y alegría.

“Y tendrás que pintarme las estrellas cuando el cielo no las saque por temor.”

Ya en el banquete, aún con la vestimenta de la ceremonia, danzaron el baile nupcial ante la atenta mirada de los invitados, que aplaudían con júbilo.

*“Pero en los charcos saltaremos tú y yo...”*

Esa misma noche comenzaron su luna de miel, tras la boda.

—Ya eres mi esposa, Soledad de Soler.

Ella, sonriente, se acurrucó entre los brazos desnudos del chico.

—Me gusta como suena, sí —a continuación, susurró—. Mi marido...

—Sonrió y cerró los ojos—. ¿Sabes? Creo que nunca más vas a necesitar esos cuadernos. Todo lo que quieras decirme, me lo dirás mirándome a los ojos.

Ezra entrecerró los párpados: no había caído en ello.

—Tienes razón. Ya nada nos separará, por siempre jamás...

Y ambos se besaron, por enésima vez en ese día, como cada día desde el momento en que aceptaron unir sus vidas aquel 31 de diciembre nevado.

*“En los charcos saltaremos tú y yo.”*

Y así... terminó todo.

Todo...

¿No?

Apreciado lector, si has llegado hasta aquí déjame que te haga una aclaración, y una advertencia.

Por un lado, este libro cuenta con dos finales: el feliz, para los más románticos de la vida, los positivos, los soñadores, los que quieren pensar que todo es posible...

Ese final ya lo has leído en la página anterior.

Por otro lado, tenemos el final real: para los realistas, valga la redundancia. Para los negativos, los que tienen los pies en la tierra, los que prefieren pensar que la vida no siempre, o mejor dicho, casi nunca, es de color de rosa.

Para aquellos, y para mí, el verdadero final comienza en este capítulo.

Por tanto, te advierto que si lo que esperabas era un final perfecto, de cuento, feliz... no prosigas con la lectura. Si lo que buscas es conocer la realidad de esta historia, sea cual sea su final, y quieres ser fiel a ella, sé bienvenido. Espero que la disfrutes.

Olivier G. Durán.

# Capítulo 6

Y el tiempo siguió su curso una vez más, como siempre. Al fin y al cabo, nada puede detenerlo, ni siquiera el amor loco de un pobre joven llamado Ezra.

¿Cuánto tiempo pasó? Imposible decirlo, honestamente. ¿Lo máximo que podríamos especificar? Pues años, eso seguro. Años y años de amor incansable...

## **Día 4 de mayo del ?????. 23:34h.**

No muy lejos de allí, en la mente de un loco solitario, sonaba la canción *Amor y deudas*, de Puerto Candelaria y Madame Periné.

Ambos jóvenes descansaban tranquilamente en la cama. Había tormenta esa noche, y el sonido de la lluvia, aunque fuerte, relajaba al chico hasta casi lograr dormirse. De pronto Soledad, que se aferraba a él sonriente y con los ojos cerrados, los abrió de par en par. Se le congeló la sonrisa, que desapareció lentamente de su rostro. Suspiró muy profundamente, cosa que llamó la atención del casi dormido Ezra. La chica se separó de él, y se sentó en la cama con el rostro muy triste y afligido.

«Si tú supieras lo maldita que es tu boca, cómo me rompe el corazón.»

—Lo siento... lo siento muchísimo de verdad...

—¿Qué? ¿Por qué te disculpas?

—Intenté avisarte, nunca lo olvides. Intenté salvarte de mí, de ti mismo. Lo intenté de todo corazón. No lo olvides, por favor.

«Si tú supieras esos ojos cómo dañan, cómo destrozan mi ilusión.»

—¿De qué hablas?

—He de irme ahora mismo. Volveré, pero... tendrás que perdonarme por todo, yo solo hice lo que me pediste.

«Si tú supieras que tu aroma me envenena, me sube al cielo y me deja caer.»

El pelinegro estaba muy confuso, se sentó en la cama con ella. Cogió aire para seguir inquiriendo pero la chica se adelantó y lo besó profundamente.

«Si tú supieras todo el daño que me has hecho, te entregarías a prisión.»

De pronto, se dio cuenta de que estaba besando al vacío. Se vio solo en la habitación.

«¡Te fuiste y solo me dejaste amor y deudas! Ahh...»

—¿Soledad? ¿Adónde has ido? —Por un momento se asustó mucho—. Me dijiste que no me volverías a abandonar.

«¡Te fuiste, te marchaste y me dejaste amor y deudas! Ahh...»

—Y no lo haré... —Sonó como un susurro.

Se levantó para buscarla. Sintió algo extraño en el ambiente nada más ponerse en pie. Le sobrevino un mareo que casi le hace caer. Respiró profundo y se peino el cabello azabache hacia atrás.

«Dime qué haré con todo el amor que era para ti y no te di.»

Sintió el rostro extraño, por lo que buscó un espejo con la mirada. No encontró ninguno, lo cual le pareció muy extraño.

—Sí, no hay espejos.

—¿A qué juegas, Soledad? Deja de esconderte.

—Ezra, oh Ezra, mi queridísimo Ezra... ¿No te preguntas en qué cama has estado tumbado? ¿Cómo hemos llegado a esta preciosa casa donde vivimos?

El chico frunció el cejo.

—Pues... es nuestra casa.

—¿Qué casa? No es el apartamento, ¿verdad?

—No, en el apartamento no teníamos luz, estamos... ahora estamos...

Comenzó a sonar un teléfono a lo lejos.

—¿Dónde estamos, Ezra? Mira a tu alrededor.

El aludido lanzó una mirada rápida.

«*Si tú supieras la paliza que me has dado, tus manos rasgando mi piel...*»

—Pues no lo sé, estoy confuso ahora mismo, solo sé que es nuestra casa.

—Fíjate bien, observa con atención.

«*Si tú supieras cómo me quitas las horas, cómo me matas de placer.*»

—Ya lo hago, esto es...

Entonces dio media vuelta hacia la estancia y... lo vio.

Frente a él ya no estaba la magnífica cama matrimonial en la que había yacido minutos antes. Tampoco la alfombra color perla. Ni la ventana con hermosas vistas al cielo nocturno. Ante él ahora se encontraba una diminuta cama individual, de aspecto viejo y triste. Junto a ella una pared acolchada sin ventana.

«Si tú supieras, tú supieras, tú supieras... lo nocivo que es tu amor.»

Se frotó los ojos con fuerza, creyéndose dormido. Dio media vuelta de súbito pero la escena que tenía detrás también había cambiado. Ante sí ya no tenía una casa enorme y espaciosa llena de estancias y pasillos, sino otra pared similar a la que acababa de ver, y una puerta metálica con un pequeño ventanuco cerrado. No encontró forma de abrir dicha puerta a simple vista, cual cárcel.

—¿Qué... qué significa esto, Soledad?

—Significa realidad, Ezra. Realidad.

«Si tú supieras todo el daño que me has hecho, te entregarías a prisión.»

—¿Dónde estamos? ¿Y nuestra casa?

—Respóndete a ti mismo. Recuerda, ¿no habías recibido cartas? Deudas, problemas...

—El desahucio...—terminó él, con un hilo de voz, comenzando a recordar.

«¡Te fuiste y solo me dejaste amor y deudas! Ahh...»

—Eso es, continúa. ¿Qué pasó con todo aquello?

—Pues nosotros lo ignoramos. Vivimos en el apartamento todo el tiempo, y... y... —Se agarró del cabello negro con fuerza, confuso—. Y fuimos felices allí.

—¿Cuánto tiempo crees que podría sobrevivir una persona sin luz, sin agua, sin comida?

«¡Te fuiste, te marchaste y me dejaste amor y deudas! ¡Ahh!»

El chico tragó saliva, estaba pálido.

—¿Estoy muerto? ¿Es eso lo que insinúas?

Hubo un largo silencio.

—Respóndete a ti mismo. —La misma frase, pero esta vez la voz de Soledad sonó totalmente distorsionada.

Entonces lo vio todo en su mente, como si observara una película siendo proyectada en las paredes acolchadas a través de un proyector antiguo.

«Dime qué haré con todo el amor que era para ti y no te di...»

Observó con ojos rojos y llorosos cómo entraba la policía en su casa, con sus padres y un equipo médico. Cómo le inyectaban tranquilizantes puesto que él se resistía. Vio a su madre llorando desconsoladamente, a su padre firmando unos documentos: los impresos de su encierro forzoso en un centro psiquiátrico.

—No... ¡No! —gritó, y se abofeteó en un intento por dejar de ver



aquellas horribles imágenes, en vano—. Nuestra boda...

«Con todas las promesas sin cumplir...»

Y entonces apareció esa escena, su propia “boda”. Observó con el rostro desenchajado cómo, en la sala común del centro, rodeado de otros enfermos mentales, festejaba un matrimonio inexistente. Cómo ninguno de esos “asistentes” a la ceremonia ponía la más mínima atención al desquiciado anfitrión. Cómo había estado hablando solo, bailando con el aire, con el vacío, una canción nupcial que no estaba sonando.

«Con todas las disculpas que lloré...»

—¡Cariño, cariño! Si te recuperas podrás volver a casa, con nosotros. O a tu propio apartamento si tú quisieras—la voz de su madre sonó con eco, mientras lloraba.

—¿Qué casa? Le han desahuciado, ¡no le queda nada!

—¡Cállate! ¡Eso no lo ayudará en su recuperación!

—¿Qué recuperación? Ni siquiera nos habla, ni siquiera nos mira, ¡sus ojos están perdidos en el vacío! No le importamos, ni siquiera el gato le importó y ahora está muerto. ¡Le dejó morir de inanición!

La discusión entre sus padres se fue diluyendo en su cerebro hasta hacerse incomprensible.

—¿Qué? ¡No! ¡No, Marcus no, por favor, no!

Comenzó a gritar desesperado y con el rostro empapado en lágrimas, mientras no paraba de tirarse del pelo.

«Con todas las batallas que perdí...»

—¡Marcus! No... ¡Perdóname! ¡Por favor!

—¿Cuántos años crees que han pasado, Ezra?

—¿Soledad? ¿Por qué me haces esto? ¡Para todo esto, por favor!

—Lo siento, tu mente ha decidido recuperar parte de su cordura. No puedo hacer nada. —La voz se volvió a distorsionar, como si empezara a hablar otra persona—. Sufre la cordura, sufre la cruel realidad.

—¡Para!

—¿Cuántos años, Ezra? —se repitió—. ¿Cuánto dura la juventud?

De pronto, lo entendió. Se observó las manos con los ojos de la cordura, por primera vez en años. Y lo vio. Estaban tan arrugadas, con los dedos inflamados por la artrosis, con manchas...

Miró a su alrededor, pero no encontró ningún espejo. Lo único que halló fue el metal gris de la cama. Se acercó y vio que le devolvía el pequeño reflejo de una imagen deformada. Una figura de rasgos apenas reconocibles

debido al material metálico y ondulado, sí, pero una figura, sin lugar a dudas, con el cabello blanco.

«Te fuiste y solo me dejaste amor y deudas... ¡Ahhh!»

—¿Cu-cuántos años han pasado? ¿Cuántos años tengo? Y... ¿Y mis padres?

Y por fin lo recordó.

—Ezra, tenemos que darte una triste noticia. Tus padres han fallecido. Primero fue tu madre, y unos días después tu padre. —Hubo un largo silencio—. Nada, no reacciona tampoco a los estímulos afectivos negativos. Su mente continúa aletargada, no hace contacto con la realidad. ¿Qué opina, doctor Rodríguez?

—Pues, aparte de que su pronóstico es cada vez peor... que es una pena que sus padres no volvieran a visitarlo. Y cuando aún venían, él no pudo reaccionar. No fue capaz ni de despedirse de ellos. No tiene más familiares conocidos ni dispuestos a visitarlo, ¿verdad?

—No, y es hijo único.

—Debió ser terrible para la familia, su único hijo...

—Si, de hecho si no me equivoco tanto la madre como el padre fallecieron tras fuertes episodios depresivos.

—Morir de pena, en otras palabras.

«Te fuiste, te marchaste y me dejaste amor y deudas... ¡Ahh!»

Ezra cayó de rodillas al suelo, y comenzó a gritar. Los recuerdos de los días en el centro psiquiátrico, sonriéndole a la nada, hablando con un ser inexistente ante la atenta mirada del equipo médico, se fue sucediendo cada vez a más velocidad, sintiendo que la cabeza le iba a explotar.

Sus gritos no cesaban, hasta que de pronto se vio atado a la cama metálica y rodeado de enfermeros.

«Laralalalá, laralalalá, laralalalá, laralalalá...»

—¡Mis padres! ¿Por qué? ¡Matadme, matadme! ¡Estoy loco, no quiero vivir! ¡Y Marcus, oh Dios mío! ¡Papá, mamá, perdonadme! ¡Lo siento, os quiero! ¡Marcus! Mi pobre Marcus...

«Laralalalá la, laralalalá la...»

Su voz se fue haciendo un hilo hasta que se dio cuenta de que le habían inyectado algo. Poco a poco se le fueron cerrando los ojos, mientras escuchaba algunas palabras de fondo.

—Avisad al doctor López. Parece que acaba de reaccionar ante la realidad, y su mente ha vuelto por fin de su letargo...

«La laralalá lalalá.»  
Oscuridad y silencio.  
«Lalá.»

## **5 de mayo del ????. ???h.**

En las profundidades de la mente del desquiciado Ezra, aún inconsciente, comenzó a sonar la canción favorita de su madre. Sí, la hermosa y casi *vintage* melodía de *El reloj*, de los Pasteles Verdes.

«Reloj, no marques las horas porque voy a enloquecer.»

Abrió los ojos muy poco a poco. Se dio cuenta de que era de noche, otra vez. Vio las estrellas en una ventana pequeña al fondo de la estancia. Era una habitación distinta a la de las paredes acolchadas. Escuchó un pitido metódico que resultó provenir de un aparato junto a él. Media el ritmo cardíaco. Al mirar a su lado, la vio, joven y brillante, a su lado.

—Hola, Soledad.

«Ella se irá para siempre cuando amanezca otra vez.»

—Hola, Ezra. Siento mucho lo que ha pasado, pero tu mente reaccionó, de repente, y no pude hacer nada.

—Entonces... todo aquello fue verdad, no un mal sueño.

La pelirroja, con sus labios carnosos fruncidos en un gesto triste, asintió. Ezra, el mucho tiempo atrás “chico del cabello azabache”, suspiró.

«No más nos queda esta noche para vivir nuestro amor.»

—La vida... es un lugar horrible —repitió, con profunda tristeza, una frase que había escrito miles de veces en sus diarios a Soledad.

—Lo sé, Ezra, lo sé.

«Y tu tictac me recuerda mi irremediable dolor...»

—No quiero vivir en un mundo tan cruel y despiadado. Por favor.

—Shhh... Tranquilo, mi amor. Eso es fácil.

«¡Reloj, detén tu camino! Porque mi vida se apaga... Ella es la estrella que alumbra mi ser. Yo, sin su amor, no soy nada.»

De pronto, Ezra se miró las manos, y vio que las volvía a tener rejuvenecidas. Sintió el cabello negro crecer hasta su largura original, la suficiente para tener que peinárselo hacia atrás a fin de que no le molestara a los ojos.

«¡Detén el tiempo en tus manos!»

La joven habló de nuevo.

—Si cierras los ojos, volveremos a ese lugar del que jamás debimos irnos.

Nuestra casa, nuestro hogar.

Él sonrió, cerró los ojos con fuerza, y al abrirlos se encontró otra vez en la cama matrimonial, junto a su hermosa esposa.

«Haz de esta noche perpetua... para que nunca se vaya de mí, para que nunca amanezca.»

—En el fondo sé que todo esto es una mentira. No sé cuánto tiempo podré aguantar así.

—Es nuestra mentira, *mon amour*. Y no será por mucho tiempo, te lo prometo.

—Esta noche estás más preciosa que nunca. Te quiero, Soledad.

—Te quiero, mi pequeño Ezra.

Ambos se besaron con ternura.

«¡Reloj, detén tu camino!»

—Tengo la amarga impresión de que es una despedida.

—En cierto sentido lo es. Siempre quise que fueras feliz, y ya no podrás serlo en este mundo.

—No quiero separarme de ti, no quiero que esta noche termine nunca.

—En el fondo no estaremos lejos. Ni siquiera la muerte podrá separarnos, Ezra. Al fin y al cabo, siempre he estado dentro de ti...

«Porque mi vida se apaga.»

—Es cierto.

Ella se acurrucó junto a él, poniéndole el cúmulo de rizos rojos sobre su pecho.

«Yo sin su amor no soy nada.»

—Adiós, Soledad.

La aludida suspiró, con una sonrisa triste y los ojos húmedos. Él también sonreía, mientras una lágrima le resbalaba sobre la mejilla izquierda en su rostro joven, como el primer día.

«Haz esta noche perpetua, para que nunca se vaya de mí...»

Poco a poco se fue quedando dormido, hasta que, en lo profundo de la oscuridad, oyó cómo el pitido intermitente de la máquina se hacía fijo y alargado mientras la vida lo abandonaba.

«...para que nunca amanezca.»

—Adiós, Ezra.

Fue lo último que escuchó, con la dulce voz del amor de su vida.

«*Para que nunca amanezca.*»

# ***HOLA, SOLEDAD***

***Olivier G. Durán***

Gracias por leer esta pequeña noveleta, estimado lector, y por apoyar de esta manera a los autores autopublicados, como yo. Espero que el contenido haya sido de tu agrado y, en caso tal, agradecería mucho tu recomendación a otras personas. También, me encantaría saber tu opinión mediante comentarios o reseñas.

De nuevo, muchas gracias por apoyar el maravilloso mundo de la literatura.

Olivier G. Durán

*Twitter:* <https://twitter.com/OlivierGDuran>

*Email:* [oliviergduran@gmail.com](mailto:oliviergduran@gmail.com)

# ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6